

Milagro y ciencia

René Latourelle

A primera vista, parece extraño que un texto destinado a aclarar el problema de la finalidad y el discernimiento de los milagros, especialmente los de Lourdes, se apoye en los milagros de Jesús, hechos presentes en un contexto histórico y científico tan distinto del nuestro.

No obstante, a poco que uno se detenga sobre ello, se hace evidente que toda reflexión sobre los milagros (tanto los de hoy, como los de ayer), no puede tomar otro punto de referencia sino los milagros de Jesús, es decir, los signos "fundantes" del cristianismo. Sin Cristo y sin la salvación que él trae, los milagros no tiene ningún sentido. Por lo tanto hay que empezar por "el que explica", no por lo "explicado".

Los milagros de Jesús son los arquetipos de todo verdadero milagro, y la única clave de interpretación de todos los demás, incluidos los de Lourdes. Estos son los milagros fontales, en su contexto de gestación, los signos expresivos de la gran Presencia del Dios vivo y tres veces santo entre nosotros. Emanan de Cristo y hacia él convergen, como reflejos de su gloria y signos de su identidad de Hijo del Dios vivo.

I. Finalidad de los milagros de Jesús

En términos negativos, digamos que Jesús se niega a confundir el milagro y el prodigio. No quiere ser asimilado a un mago, ni a un charlatán, ni siquiera al poseedor de secretos científicos. La salvación que él trae pasa por la cruz y no será reconocida hasta que su misión se cumpla íntegramente.

En términos positivos, el milagro está destinado a la *salvación* del hombre. Jesús viene a restaurar al hombre y a conferirle esa salvación a la que en vano aspira. Esta total restauración es visible en el milagro. Cristo realmente expulsa los demonios, cura realmen-

te, porque verdaderamente salva al hombre. En la tradición sinóptica, sin embargo a Jesús no se le llama salvador, sino el que viene a salvar lo que estaba perdido. Por ello los milagros están unidos al tema de la conversión que introduce en el Reino.

El milagro se orienta hacia una *llamada al Reino*: aspecto especialmente ilustrado por la curación del poseso de Gerasa (Mc 5, 1-20). Este hombre ha sido desposeído de todo: de todo su equilibrio somático y psíquico, de su dignidad humana. Está alienado de sí mismo y de la sociedad. Jesús lo restablece en su integridad humana, es decir, de ser pensante y responsable, y lo reintegra en la sociedad, hace de él un ser personal y socialmente sano. Pero la perspectiva del milagro no se detiene aquí en la restauración de la salud: se prolonga en una vocación superior. El curado pide a Jesús "estar con él" (Mc 5, 18). Entonces Jesús le dice: "Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti" (Mc 5, 19). De un esclavo, Jesús hace un hombre libre, y además un anunciador del Reino: "Él se fue y empezó a proclamar por la Decápolis todo lo que Jesús había hecho con él" (Mc 5, 20). El milagro sólo tiene sentido sobre este fondo del proyecto de Dios sobre el hombre: es decir, la entrada en el Reino. Posee simultáneamente una función de liberación y de realización del hombre. Mediante el milagro, Cristo recrea, reconstruye al hombre y lo eleva a una inesperada plenitud de vida. Esta realización es el amanecer de la nueva creación.

El milagro establece entre Jesús y el curado una nueva relación, personal y transformante. El sujeto paciente del milagro no tiene que cumplir escrupulosamente mágicos ritos, sino entrar mediante la fe en relación con Jesús. Sin lugar a dudas, en tiempos de Jesús, esta fe es imperfecta, pero al menos es petición suplicante y confiada a quien anuncia el Reino y en quien se manifiesta el Poder de Dios. Que un prodigio esté unido de este modo a la *conversión* y que establezca entre Jesús y el curado una relación totalmente nueva y personal, es un rasgo específico del milagro cristiano.

El hombre (ya sea el mismo enfermo, ya sean los que piden su curación) tiene un papel en el milagro, una participación que se expresa mediante una actitud de fe radical en Jesús, o al menos de disponibilidad y apertura. El primer paso del hombre es el de quien se reconoce pobre, desamparado, "necesitado de salvación", hasta el punto de gritar: "Jesús, hijo de David, ten piedad de mí" (Lc 8, 39). Sin esta mínima participación del hombre, el mismo Cristo no podría actuar. Si el hombre se cierra y endurece ante la salvación

que se le ofrece, el milagro ahonda aún más su ceguera, espesa sus tinieblas. Esta llamada a la participación humana revela, junto al poder de Dios, su fragilidad ante la humana libertad: supremo riesgo de un Dios que ha fundado sobre el amor o el rechazo la constitución de un pueblo de hijos llamados a compartir su vida.

Los milagros de Jesús son también inseparables de la cruz. Jesús personifica el Reino de Dios que destruye el Reino de Satanás: no nos tiene que sorprender desde este momento si la luz del primero se enfrenta a las tinieblas del segundo. Los exorcismos de Jesús son interpretados como obra de Belcebú. Las curaciones realizadas en favor de las ciudades del lago en lugar de encaminar a la conversión, conducen al endurecimiento. Los milagros de legitimación, realizados en sábado, suscitan la ira y engendran la decisión de acabar con Jesús. Incluso el milagro de la multiplicación de los panes no es comprendido y provoca el abandono y la duda. Se trata de la dialéctica entre la potencia y la impotencia, entre la gloria y la humillación de Jesús. En sí mismo el milagro está destinado a orientar hacia el Reino, pero el ser humano puede ver el *prodigio* y cerrarse al *signo*. Jesús trae una salvación que pasa por la conversión: también sus obras, sus milagros, son el lugar para una opción dramática. Acoger los signos significa acoger a Jesús y entrar por los caminos de la conversión. Precisamente porque Jesús se niega a cualquier otra lectura de sus milagros, diferente de la que los propone como signos del Reino e invitación a entrar en él mediante la conversión, es finalmente condenado (Jn 11, 53). En su encíclica sobre las *Peregrinaciones a Lourdes*, Pío XII interpreta en este mismo sentido los milagros de Lourdes como, ante todo, invitación a convertirse: "Como para las muchedumbres que se apiñaban en torno a Jesús, la curación de las heridas físicas sigue siendo, junto a un gesto de misericordia, el signo del poder que posee el Hijo del Hombre para perdonar los pecados (Mc 2, 10)... La Virgen nos invita, en nombre de su divino Hijo, a la conversión del corazón y a la esperanza en el perdón".¹

Este texto manifiesta, como rasgo específico de los milagros de Jesús, su carácter *eclesial*. Jesús no es un simple carismático, actuando por su cuenta y para su tiempo: trae una salvación universal, cuya fuente nunca se seca. Por ello da a sus discípulos poder para anunciar el Reino, así como para curar a los enfermos y para expulsar a los demonios (Mt 10, 8), es decir, el doble poder que él mismo ejerce. Sus milagros son signo de la comunidad de salvación, que sigue ofreciendo la salvación inaugurada por los Doce, pero perpe-

tuada por los siglos y difundida por todas las naciones (Mc 16, 15-18; Hech 5, 12). En Lourdes, gracias a María, como junto a los santos de todos los tiempos y de todos los países, el milagro surge como signo de su participación en la cruz y en la gloria del Resucitado. Cambia el universo, cambia el hombre: milagro y santidad representan el mundo nuevo, el cambio real que se opera mediante la Palabra de la salvación.

Mediante los milagros de Jesús, el *futuro invade el presente*. Con Jesús, el Reino de Dios irrumpe en nuestro mundo (Mt 12, 28). La salvación se hace un "hoy" que rehace y actúa. Tras la resurrección, cuando la Iglesia se vuelve hacia Jesús, lo hace para evocar el pasado que ha instaurado el Reino e inaugurado el mundo nuevo a la espera de su perfecto acabamiento. Por ahora nos llegan intermitentemente signos de la tierra prometida, como una luz interestelar, que nos permite entrever dimensiones insospechadas.

Finalmente, los milagros de Jesús nos orientan hacia el *desvelarse* de su personalidad. Si Jesús es el único que trae el Reino y la salvación escatológica, la razón última está en el misterio de su Persona. Esta trascendencia de Jesús, en el momento de su paso terreno por Palestina, sólo aparece implícitamente en el ejercicio de la salvación que ha manifestado mediante sus obras. Antes de Pascua, está todo, pero a un mismo tiempo todo está por recuperar: el último sentido de los milagros de Jesús sólo se captará plenamente a la luz de la experiencia eclesial de Pascua, que hará descubrir la plena identidad de Jesús: Cristo, Señor, Hijo de Dios. Antes de Pascua, los gestos se ponen: orientan hacia la presencia de una trascendencia personal, pero ¿cómo percibir entonces la identidad del Dios vivo, en la carne y gestos del hombre Jesús?

II. Noción católica de milagro

Esta visión general de los milagros de Jesús, en su finalidad y en sus rasgos específicos, nos autoriza, al menos así lo pensamos, a ofrecer una definición de milagro que no sea deformante. Efectivamente, no se puede definir el milagro apriorísticamente como una brecha abierta en las leyes de la naturaleza, o como producto de una mentalidad primitiva, o como un género literario común a todas las religiones. Con frecuencia la resistencia o alergia ante el milagro, tiene su origen en una caricaturesca presentación del mismo; por ejemplo, "excepción a las leyes de la naturaleza". El milagro sólo tiene sentido en el contexto de la salvación en Jesucristo, y como signo expresivo de la salvación que él mismo es en Persona. Todo in-

Dicho esto, proponemos la siguiente definición de milagro: "El milagro es un prodigio religioso, que expresa en el orden cósmico (el hombre y su universo) una intervención especial y gratuita del Dios de poder y amor, que ofrece a los hombres un signo de la presencia en el mundo de su Palabra de salvación". Expliquemos en breves palabras los elementos de esta definición.

1. Un prodigio en el orden cósmico

Evidentemente prodigio no es sinónimo de milagro, pero el milagro, por uno de sus aspectos, entra en el orden de los prodigios: es un fenómeno raro que penetra y rompe el curso habitual de las cosas, tal y como viene observándose en el decurso de los siglos. Por ejemplo la curación del leproso: "Quiero; queda limpio. Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio" (Mc 1, 41-42), o la curación de un ciego de nacimiento (Jn 9, 32). Es algo nunca visto e inusitado. Se sigue un efecto de choque, de sorpresa, y de admiración.

El prodigio se produce en el orden cósmico, es decir, en el mundo de las realidades sensibles y espacio-temporales, que afectan a nuestros sentidos. Seguidamente, el milagro se distingue de la profecía, de la santidad, del misterio propiamente dicho, como el caso de la transubstanciación.

2. Un prodigio religioso y sagrado

Hablando de este modo, excluimos desde el principio, como candidato al título de milagro, todo prodigio que acontezca en contexto profano, ya sea de orden enloquecedor para la imaginación, ya todo lo que pertenece a la categoría de lo prodigioso, de lo mágico, de lo fabuloso, de lo legendario, de lo mítico. En contexto profano el milagro no tendría sentido alguno, ni razón de ser. La explicación del fenómeno, por prodigioso y enorme que sea, se ha de buscar a su nivel, es decir al nivel de las causas naturales y en el orden profano.

Por contexto religioso entendemos un conjunto de circunstancias que confieren al prodigio una estructura, al menos aparente, de *signo divino*. La fenomenología nos alecciona sobre estas circunstancias. Por ejemplo: *a)* el milagro acaece a continuación de una humilde plegaria, confiada, perseverante, por parte del enfermo o de los que le rodean; *b)* el milagro acompaña una vida de santidad heroica, como signo de una total unión con Dios y de una participación en su poder vital (en el cura de Ars, en Francisco de Asís,

o en Francisco Javier); c) el milagro viene a autentificar una misión que pretende ser divina: es el caso de los profetas, de Cristo, de los apóstoles.

En todos estos casos, existe una perfecta coherencia entre el prodigio y la llamada hecha a Dios, como en un comercio interpersonal, cuando alguien obtiene la respuesta solicitada, de acuerdo con la petición presentada. El milagro aparece de este modo como un momento especialmente intenso del diálogo que se da entre Dios salvador y su suplicante criatura, necesitada de salvación. Gracias a estas circunstancias o condiciones, en las cuales surge, un prodigio toma la apariencia de signo de Dios y merece el nombre de prodigio *religioso*.

En el caso de los milagros de Jesús, éstos se inscriben en un contexto aún más amplio, más global. En él el milagro no es una realidad aislada: se integra, en todo un conjunto de signos de un mismo nivel (mensaje, santidad, pasión, muerte, resurrección, fundación de la Iglesia), en esta economía total mediante la cual Dios salva al hombre a través de Cristo. Aquí hay que hablar de una *constelación* de signos, en la cual el milagro no es sino un punto luminoso entre otros muchos. Los milagros sólo tienen sentido referidos a Cristo, Mesías, Señor, Hijo del Padre, y referidos a la Iglesia, que perpetúa su presencia a lo largo de los siglos. Aislar el milagro de este contexto y reducirlo a una especie de meteorito caído del espacio, es manifestar una miopía más rara, más ininteligible que el mismo milagro.

3. Una intervención especial y gratuita del Dios de poder y amor

Se trata aquí del aspecto *factual* y *ontológico* del milagro. Conservando este aspecto, constantemente destacado por la Escritura, la Tradición y el Magisterio, no queremos privilegiar el lenguaje científico (cuya fórmula "excepción a las leyes de la naturaleza" se ve afectada por una doble ambigüedad que recae sobre el término ley, y además da del milagro una visión unilateral, es decir, errónea y sin salida); tampoco queremos privilegiar el lenguaje filosófico que habla de un prodigio "que excede la virtud propia de las esencias corporales": una expresión que produce más sombras que luces, verdadero enigma para la mayor parte de nuestros contemporáneos que ignoran por completo esta cosmología filosófica.

Simplemente decimos que el milagro, como signo y antici-

Dios no menos especial y gratuita (al menos en el modo de producirse) que la misma salvación; por tanto, diversos de la conservación y gobierno habituales del universo. Es una obra de la omnipotencia divina, "contraria a la naturaleza" en su aspecto más chocante de prodigio, pero en realidad "superior a la naturaleza", trascendiéndola, como signo de la gratuita transformación del hombre y del universo mediante el Amor de Dios que salva y renueva todo, no sólo aparentemente, sino de verdad, no sólo para los hombres de ayer, sino también para los de hoy y de todos los tiempos.

Evidentemente, cuando se trata de expresar lo que sucede a nivel de fenómeno, bajo la acción de Dios (una acción incomparable respecto a la del hombre), tan sólo podemos balbucear: nos faltan las palabras. Unos hablan de la superación de los habituales determinismos, del superar radical y repentino de un límite que se juzga insuperable; otros, de una fulgurante aceleración de los procesos de restauración, que contrasta con la temporalidad y continuidad, características de lo fenoménico: como si se saltase la barrera del tiempo y del espacio, al modo del Cristo resucitado, que escapa a la duración y furtivamente deja entrever algo del mundo glorificado. Dios no actúa al modo de un actor inesperado, que se introduce por sorpresa en el género humano: es omnipresente y actúa a su nivel, que es el de Dios, causa primera, con la autoridad del Dios creador y recreador del hombre. La naturaleza es menos contrariada o violentada, que restaurada, elevada, dinamizada, analógicamente respecto de la gracia que afecta a las operaciones voluntarias del hombre, en su primer palpito, y lo hace vivir, sin que se dé cuenta, al ritmo de la vida divina para hacer de él un hijo de Dios. En toda hipótesis este elemento de gratuidad y de trascendencia física pertenece a la naturaleza del milagro.

No hay argumento definitivo (si se excluye la arbitrariedad o el prejuicio) para achatar el milagro al nivel de los acontecimientos ordinarios o de las felices coincidencias. Por el contrario es soberanamente coherente e inteligible que la gratuidad del *acontecimiento* único y conmovedor de *Dios hecho carne*, lenguaje y víctima crucificada, sea, él mismo, señalado por acontecimientos dotados de una misma gratuidad, tales como el restablecimiento o la transformación de la vida corporal mediante el milagro y la resurrección, y del hombre completo mediante la santidad. Si Cristo se presenta entre nosotros como Hijo del Dios vivo, es coherente que ofrezca signos expresivos de su gloria. ¿Hemos pensado seriamente en que la presencia entre nosotros de Dios, espíritu por excelencia, en la persona del

hombre, es una cosa "enorme"? Si tal hecho inédito no es acompañado por la presencia en nuestro mundo de acontecimientos *firmados* por Dios, ¿quién nos asegurará que no somos víctimas del más colosal de los engaños? Además es mucho más difícil aceptar la Encarnación que el milagro. A este respecto, Bultmann se muestra coherente, al evaluar juntos milagro, resurrección, redención, transfiguración y encarnación. La Iglesia, a su vez, se muestra no menos coherente cuando reconoce que, en Cristo, todo es del mismo nivel: el decir, el actuar, y el ser. Lo sorprendente, lo ininteligible sería que un Acontecimiento tan inédito como la Encarnación en la que el Verbo se hace carne, no levante hasta en sus profundidades al hombre y al universo en el cual Dios se "inocula" (Teilhard de Chardin). Si Dios está entre nosotros, toda la creación está tocada por él y se halla en vías de transformación. Maurice Blondel demuestra salud intelectual y religiosa cuando declara lisa y llanamente que la aparente contradicción introducida por el milagro "manifiesta análogamente la real derogación que el orden de la gracia y de la caridad introduce en la relación del hombre con Dios... Es la expresión de esa divina *philantropia* de la que habla San Pablo, que armonizándose en su lenguaje y sus condescendencias, hace transparentarse mediante signos anormales su anormal bondad.² Pero el hombre es tan mezquino que no puede concebir un Dios que actúe al modo divino, produciendo en el mundo y en la historia coherencias y armonías superiores y de un mismo nivel, tan gratuitas como su Amor.

Si añadimos que se trata de una intervención del Dios de poder y amor, es precisamente para indicar que el milagro no es una simple exhibición de poder, sino un gesto de amor: una obra común del Padre y del Hijo, que brota de su mutuo amor. De este modo, el milagro no revela su verdadera naturaleza si no es considerado tanto desde el punto de vista de Dios como desde el punto de vista del hombre.

4. Signo divino

El milagro es signo de la venida al mundo de la Palabra de salvación. La palabra clave aquí es *signo*. Dado que el milagro, como totalidad, es un *prodigio con significado*, una *acción signo*. Este aspecto intencional, semiológico del milagro, constituye su elemento formal. Se trata de un signo que interpela y que es interpersonal, portador de una intención divina, y dirigido al hombre como un len-

² "Miracle" en A. Lalande. Vocabulaire philosophique (Paris. 1956) 631-632.

guaje divino, como una palabra concreta y presente de Dios para hacerle comprender que ha llegado la salvación.

Los milagros de Jesús no son, por lo tanto, acontecimientos históricos *cerrados* sobre sí mismos, sino mediaciones que orientan hacia un más allá de ellas mismas. Hacen oír que la anunciada salvación es verdadera, pues está ya presente.

En los reproches de Jesús a las tres ciudades impenitentes de Galilea (Corazaín, Cafarnaún y Bethsaida), Jesús levanta acta del rechazo de las tres ciudades que no han querido reconocer, en sus curaciones, los signos del Reino. Por tanto, sus milagros eran una llamada "en acto" a la penitencia y a la conversión ante la venida inminente del Reino. Los signos mesiánicos están presentes, como lenguaje mediador de la salvación del mundo. Los judíos que saben interpretar los signos que anuncian la lluvia y el calor, se muestran incapaces para comprender la llamada más fuerte y elocuente de los signos mesiánicos. Si el Reino está aquí, hay que prepararse para entrar en él mediante la conversión y la penitencia. Si las cosas cambian, si los cuerpos son curados, sanados, es para significar que también los hombres han de cambiar. Los milagros son el mismo Reino visible. Pero los judíos como las ciudades de Galilea, no supieron discernir los signos del Reino y aún menos la Persona de quien se los dirigía: se "cerraron" a la predicación y a las obras de Jesús. Los milabros de Lourdes tienen el mismo sentido: orientan hacia la salvación y hacia quien los dirige. En el Manifiesto de Dresden, publicado en 1982,³ un grupo de teólogos luteranos declaraba que nadie (sea protestante o católico) podría ignorar el mensaje de paz que Dios nos dirige mediante María, como última gracia de salvación ofrecida al mundo.

El milagro es siempre un signo relacionado con el Acontecimiento de la salvación en Jesucristo: anunciada y prometida en el Antiguo Testamento, dada y perpetuada en el Nuevo Testamento por la mediación de la Iglesia. Salvación predicada, salvación "en ejercicio" en los milagros: se trata siempre del mismo Evangelio.

III. Discernimiento del milagro: ayer y hoy

Tras lo dicho sobre el milagro como signo del acontecimiento salvífico, es evidente que los milagros no se dirigen tan sólo a las

³ Artículo publicado en L'Avvenire (Roma, 16 de marzo de 1982).

élites intelectuales, sino a todos los hombres de buena voluntad. Los milagros no son muestras de laboratorio sometidas a los "test" de análisis, a la espera de un veredicto científico; lo que equivaldría a dar de nuevo crédito a la concepción del milagro como "excepción de las leyes de la naturaleza". Los milagros se dirigen a la muchedumbre de los que (instruidos o no) tienen ojos, buen sentido y corazón. Dado que, en definitiva, el juicio del milagro como signo de Dios, es un problema religioso, se sitúa en ese nivel de interioridad en el cual el hombre decide si se "basta" a sí mismo o, por el contrario, consciente de su miseria, se reconoce pobre, frágil, desprotegido, "necesitado de salvación". La actitud de Cristo lo deja entender con claridad: tiene por culpables a las ciudades impenitentes del lago (Mt 11, 20-24; Lc 10, 13-15) y a los judíos que han permanecido insensibles a los signos que ha realizado en público (Jn 15, 24). Lo que les ha faltado a todos estos testigos, no es un coeficiente intelectual elevado, ni un título de biólogo o de físico, sino la actitud fundamental para entrar en el Reino de los cielos, a saber, una actitud de "pequeños", un corazón "abierto". No se podría hacer depender sólo de la instancia científica un acto tan íntimamente ligado a la salvación del hombre. Signo de salvación, el milagro concierne a toda la dimensión religiosa del hombre.

Ciertamente, en tiempos de Jesús, los milagros de Cristo representaban un momento privilegiado. Encuentran en él y en su misión su ambiente originario, su primera motivación. Estos milagros, lo hemos ya indicado, son los "signos fundantes" de la autenticidad de la gran presencia entre nosotros de *Aquel que es*. Los actuales milagros no podrían reproducir este momento único, ni representar esta urgente necesidad de presentar a Jesús como Cristo y Señor. Por otra parte, la razón crítica, que ya existía en tiempos de Cristo, necesita hoy, más que nunca, los datos de la pericia médica. Por ello, el milagro en su complejidad de prodigio y signo religioso, interesa a la ciencia tan sólo por uno de sus aspectos.

1. Dos niveles de discernimiento

Por lo tanto, creemos que el problema del discernimiento ha de ser estudiado primeramente a nivel del discernimiento espontáneo, tal y como lo efectúa el hombre repentinamente enfrentado con el milagro, ya sea simple y poco cultivado como las masas de Galilea, ya sea instruido y exigente como el hombre del siglo XX, médico, ingeniero, teólogo, canonista. La razón teológica puede a continuación descomponer y analizar cada uno de los momentos de la dialéctica que conduce el espíritu desde el fenómeno observado al

juicio que permite reconocer en el prodigio un signo de Dios, pero siempre *alineándose* sobre el discernimiento espontáneo.

Discernimiento espontáneo y discernimiento teológico no han de oponerse como religioso y no religioso, sino como dos niveles y dos modos de acercarse al mismo acontecimiento: conocimiento intuitivo en el primer caso; discursivo y sistemático en el segundo.

2. Discernimiento espontáneo

Dado que en los dos casos la comprensión del milagro como *totalidad del prodigio significativo*, está como punto de partida, interesa ver lo que acontece al nivel del discernimiento espontáneo. Proponemos como ejemplo el *relato* de la curación del ciego de nacimiento, que encontramos en el capítulo IX de San Juan. Lo que aquí queremos saber es el dinamismo del milagro y la dialéctica del espíritu que lo reconoce como tal.

Lo que llama la atención en este relato, demasiado largo para ser estudiado al detalle, es el proceso de discernimiento y la diversidad de reacciones por parte de los testigos, según las disposiciones de sus corazones.

Al comienzo, en todos, reacción de choque y de atracción ante el prodigio que bruscamente irrumpe en sus vidas. Más tarde vienen los intentos de una razón que se pierde, la carrera de las hipótesis para reintegrar el hecho en la normalidad: no es el ciego de nacimiento sino uno que "se le parece"; Jesús no viene de Dios, sino del Diablo, dado que no observa el sábado; los padres interrogados como testigos, no quieren comprometerse por miedo a los Fariseos; el ciego curado y pertinaz, vuelve siempre a los hechos, y reafirma su identidad de ciego de nacimiento y su curación por parte de Jesús, los adversarios tratan a Jesús de pecador, al tiempo que aturden con injurias al curado y le expulsan de la sinagoga. Pero la presencia y el peso cada vez más fuerte de la única hipótesis que da sentido y consistencia al acontecimiento y a su contexto, conducen al ciego a reconocer en Jesús a su salvador, mientras que *ciega* a los que pretenden estar en la luz. Tal es la lógica del signo: "la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas" (Jn 3, 19). El milagro se presenta como un pasar de Dios por nuestra vida: interpela e invita a la conversión.

3. Discernimiento y razón teológica

Lo que llama la atención en el discernimiento espontáneo, es el itinerario del espíritu: acontecimiento y contexto están insepa-

rablemente unidos y, mediante un juego de constante confrontación, por un incesante ir y venir del hecho al sentido y del sentido al hecho, se pasa progresivamente del signo aparente a la autenticidad del signo divino. Lo mismo sucede en el plano del discernimiento científico: el esfuerzo de discernimiento lleva a la comprensión de una totalidad significativa. El problema se plantea en una perspectiva sintética que nunca aísla el acontecimiento históricamente atestiguado del sentido expresado por el contexto religioso en el que se inserta. Allí donde hay un verdadero milagro, significativo y significado se responden sin fallos; el hecho y la intención se aclaran mutuamente, conduciendo a un juicio firme respecto de la realidad del signo divino.

Sería pues un error de perspectiva (como sucedió en el pasado), considerar en primer lugar el milagro, en su pura factualidad, como obra de absoluta trascendencia, capaz por sí misma de revelarnos la inmediata acción del Todopoderoso, para interrogarse más tarde, en un segundo momento, sobre la finalidad religiosa del fenómeno. Esta demostración en dos tiempos reposa sobre una errónea noción de milagro, es decir, la del prodigio-efecto, más bien que la del prodigio-signo. Entre otras cosas, se expone a objeciones siempre repetibles y sin salida.

Si el milagro es en primer lugar un prodigio significativo, esta estructura de signo ha de inspirar y dirigir el estudio del discernimiento. Cuestión de planteamiento, sin lugar a dudas, pero decisiva. En la perspectiva del milagro-signo, la mente procede, mediante sucesivas aproximaciones, a partir de una totalidad que ya tiene una apariencia de signo. Contrastando los elementos de esta totalidad, los rasgos de la "figura" se van precisando poco a poco, ganando firmeza hasta el momento en que la certeza de una intervención divina se impone como la única hipótesis coherente. Así sucede y así se describen las cosas en la curación del ciego de nacimiento.

4. Componentes del signo y peritaje médico

El milagro, siendo un signo, pide que cada uno de sus elementos componentes sea sometido a examen. Estos elementos son: el mismo hecho, en cuanto históricamente atestiguado, en cuanto insólito y prodigioso, en cuanto inserto en un contexto religioso sin tacha. Los elementos estructurales del milagro constituyen un conjunto orgánico, pero al nivel de una reflexión sistemática, es legítimo examinarlos uno por uno para comprobar su consistencia y seguidamente reagruparlos en el momento del último veredicto.

El examen de las componentes de un milagro es, por lo tanto, una tarea *interdisciplinar*. En este acudir a las competencias especializadas (del historiador, del médico, del físico, del filósofo, del teólogo, del canonista), no hay que temer llevar hasta la exasperación las instancias científicas, sabiendo sobradamente que la última palabra sobre la candidatura de un acontecimiento al título de milagro proviene de la instancia eclesial que emite un juicio prudencial, recordémoslo, pero no infalible.

No se invita evidentemente al médico a pronunciar el término milagro. Si, en el pasado, se sentía casi obligado a cargar él solo con el peso del veredicto, este pasado ha sido superado. Se pide al médico que hable como médico: es invitado a *evaluar* lo que observa a nivel de su competencia. No le corresponde decir si habrá o no milagros en el próximo milenio. Tampoco se tiene que inquietar si los milagros se hacen raros en el mundo o en Lourdes. En tiempos de Cristo, se tenía que verificar la ecuación: Jesús de Nazaret es *realmente* el Cristo, el Señor, el Hijo del Dios vivo. Por lo tanto, precisamente en la mentalidad judía, el atributo por excelencia divino era el poder. Jesús necesitaba un documento de identidad, un pasaporte; por ello se presenta con los atributos de la divinidad: poder, santidad, sabiduría, dado que Dios es *Dunamis, Agapè, Logos*. A lo largo de su vida, ha presentado gestos de poder, de sabiduría, de santidad. Pero estos gestos no podían ser comprendidos sino al finalizar la entera película de su vida: predicación, milagros, pasión, muerte, resurrección, Iglesia.

Hoy los milagros no tienen ya este mismo carácter de urgencia. Pero siguen siendo signos intermitentes de la presencia siempre activa en la historia de la Palabra de salvación. Es por lo tanto sumamente conveniente que todavía haya milagros, así como resulta coherente que éstos no pululen.

Dicho esto, ¿qué se puede pues esperar del peritaje médico? En primer lugar y ante todo, que el médico hable, observe y juzgue como médico, con todas las nuevas técnicas que estén a su alcance, incluso las más sofisticadas, sin olvidar las radiografías tomadas hasta el momento de la curación, y las radiografías tomadas justo después de la curación. Incluso si la instancia médica revelara que las técnicas aplicadas en el pasado eran incompletas e insuficientes, no por ello se concluirá con la constatación de una no intervención divina. Si no, en 50 años se podrían poner en tela de juicio las actuales observaciones. Los criterios propuestos por Benedicto XIV, en 1740, sirvieron para orientar la investigación, pero sin pretender reducirla

o apagarla, sobre todo cuando se trataba de llevarla más adelante o en mayor profundidad. A este respecto los criterios, establecidos por el Comité médico internacional, merecen ser mantenidos.

Cuanto más completo sea el peritaje médico, más rico será el informe elaborado, más provecho podrá sacar de ello el prudencial juicio de la Iglesia. La Iglesia siempre se sentirá orgullosa de acoger un trabajo bien hecho, a conciencia, sin prejuicios, que no distorsione la realidad. Por nuestra parte, entendemos difícilmente esta especie de alergia que afecta a algunos cuando escuchan los términos de instantaneidad o "quasi" instantaneidad, que no es, lo repito, sino un eco, en términos modernos, de los relatos evangélicos: "queda purificado", dice Jesús: "toma tu camilla y anda", "Lo quiero, queda curado"; "Vete, tu fe te ha curado". Nadie, creo, se atreverá a reprochar a Cristo un tal lenguaje, que es el de Dios. La palabra expresa el *balbuceo* que el hombre experimenta ante el fulgor de los fenómenos milagrosos de curación. Tiende fundamentalmente a expresar que Dios, cuando actúa, actúa como Dios: tanto en el milagro como en la encarnación. Tenemos una irresistible tendencia a asimilar la acción divina a la humana. Lo cierto es que Dios está presente en el mundo, pero sin estar sujeto a la exterioridad del espacio ni a la sucesión de los momentos. Entre las criaturas el espacio separa, el tiempo es el que permite la aproximación, el organizar, el unificar. Pero Dios abraza el universo, sin tener que recorrer diversos lugares; está presente a todos los tiempos, pero sin tener que cambiar de su horario para ir hacia el mañana. Actúa en el espacio, sin tener que alcanzar puntos separados; actúa en el tiempo, pero sin exponerse a la duración. Un milagro es una operación soberanamente simple de Dios. La produce sin pasar ni por el tiempo ni por el espacio, si bien el resultado de dicha operación se nos presente como un antes y un después. El milagro es *menos contrario* a la naturaleza que *superior* a la naturaleza: la trasciende. Es una acción razonable pero a la ESCALA de Dios. Tiene su propia coherencia, que es la de las obras de Dios. Para Dios es una obra eminentemente normal, dado que lo propio de Dios es crear y recrear. En pocas palabras Dios es Dios, y, cuando actúa, no tiene por qué *imitar* al hombre. La semejanza entre Dios y el hombre siempre será infinita con respecto a su semejanza. Por ello la ciencia siempre se verá insuficiente, siempre se desconcertará ante las acciones de Dios. Dios se escapa a nuestras medidas, puesto que actúa a su medida, que es la divina, y al hombre no le corresponde dictarle sus comportamientos. Dentro de una tal perspectiva, es lamentable que se pueda hablar de la acción divina como de un tapaagujeros que sirve para

IV. Conclusiones

1. La presente reflexión teológica no habrá sido vana, pienso, si ha conseguido situar el milagro en su auténtica perspectiva, que es el contexto religioso y el signo de salvación.
2. Todos los milagros, los de Lourdes, así como los de Cristo, son de una manifiesta inteligibilidad, si se les entiende como signos expresivos del gran signo de la Presencia de Dios entre los hombres en Jesucristo.
3. El milagro es una realidad compleja cuyo metódico discernimiento reclama la interdisciplinariedad de la historia, del peritaje médico, físico, de la teología, del derecho canónico, de la experiencia eclesial.
4. La última palabra, que realiza la síntesis de todos los elementos recogidos, es prudencial y no infalible: y corresponde a la Iglesia.
5. Los milagros tienen un sentido particular en tiempos de Jesús. En nuestros días, en la vida de la Iglesia, son como "visitas", o "visitaciones" de la Palabra de salvación, y manifestaciones de su acción ininterrumpida en la historia.
6. Si Cristo lo ha entregado todo a su Iglesia: su mensaje, su Espíritu de santidad, ¿por qué la habría de privar de su potencia? Los milagros que acompañan la vida de los santos, muestran que el cuerpo glorificado de Cristo, ya puede vivificar y santificar toda carne.

RENÉ LATOURELLE, S. J.

René Latourelle, nació en Montreal, Canadá en 1918. Doctor en historia por la Universidad de Montreal y en teología por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Profesor de Teología Fundamental en el Colegio Jesuita de Montreal hasta 1959, y en la Universidad Gregoriana hasta 1988. En la Gregoriana fue Decano de la Facultad de Teología por doce años. Autor de diez obras que han marcado la renovación de la Fundamental entre las que se hallan "*Teología de la Revelación*" (1967), "*Cristo y la Iglesia, signos de salvación*" (1971), "*A Jesús por los Evangelios*" (1982); además de otras numerosas obras, últimamente ha publicado "*Miracoli di Gesù e teologia del miracolo*" y ha dirigido la obra "*Vaticano II: Bilancio e Prospettive. Venticinque anni dopo*" (1962-1987) (1987).

17. Conclusion

The first part of the paper has been devoted to a general discussion of the problem of the existence of a solution of the differential equation (1) in the case of a non-linear operator. It is shown that the existence of a solution is guaranteed if the operator is continuous and compact, and if the boundary conditions are satisfied. The second part of the paper is devoted to the study of the properties of the solution of the differential equation (1) in the case of a non-linear operator. It is shown that the solution is unique and that it depends continuously on the data of the problem.

The third part of the paper is devoted to the study of the properties of the solution of the differential equation (1) in the case of a non-linear operator. It is shown that the solution is unique and that it depends continuously on the data of the problem. The fourth part of the paper is devoted to the study of the properties of the solution of the differential equation (1) in the case of a non-linear operator. It is shown that the solution is unique and that it depends continuously on the data of the problem. The fifth part of the paper is devoted to the study of the properties of the solution of the differential equation (1) in the case of a non-linear operator. It is shown that the solution is unique and that it depends continuously on the data of the problem.

18. References

1. J. L. Dugundji, *Topology*, McGraw-Hill, 1951.
2. J. L. Dugundji, *Fixed Point Theory*, McGraw-Hill, 1969.
3. J. L. Dugundji, *Fixed Point Theory*, McGraw-Hill, 1969.
4. J. L. Dugundji, *Fixed Point Theory*, McGraw-Hill, 1969.
5. J. L. Dugundji, *Fixed Point Theory*, McGraw-Hill, 1969.